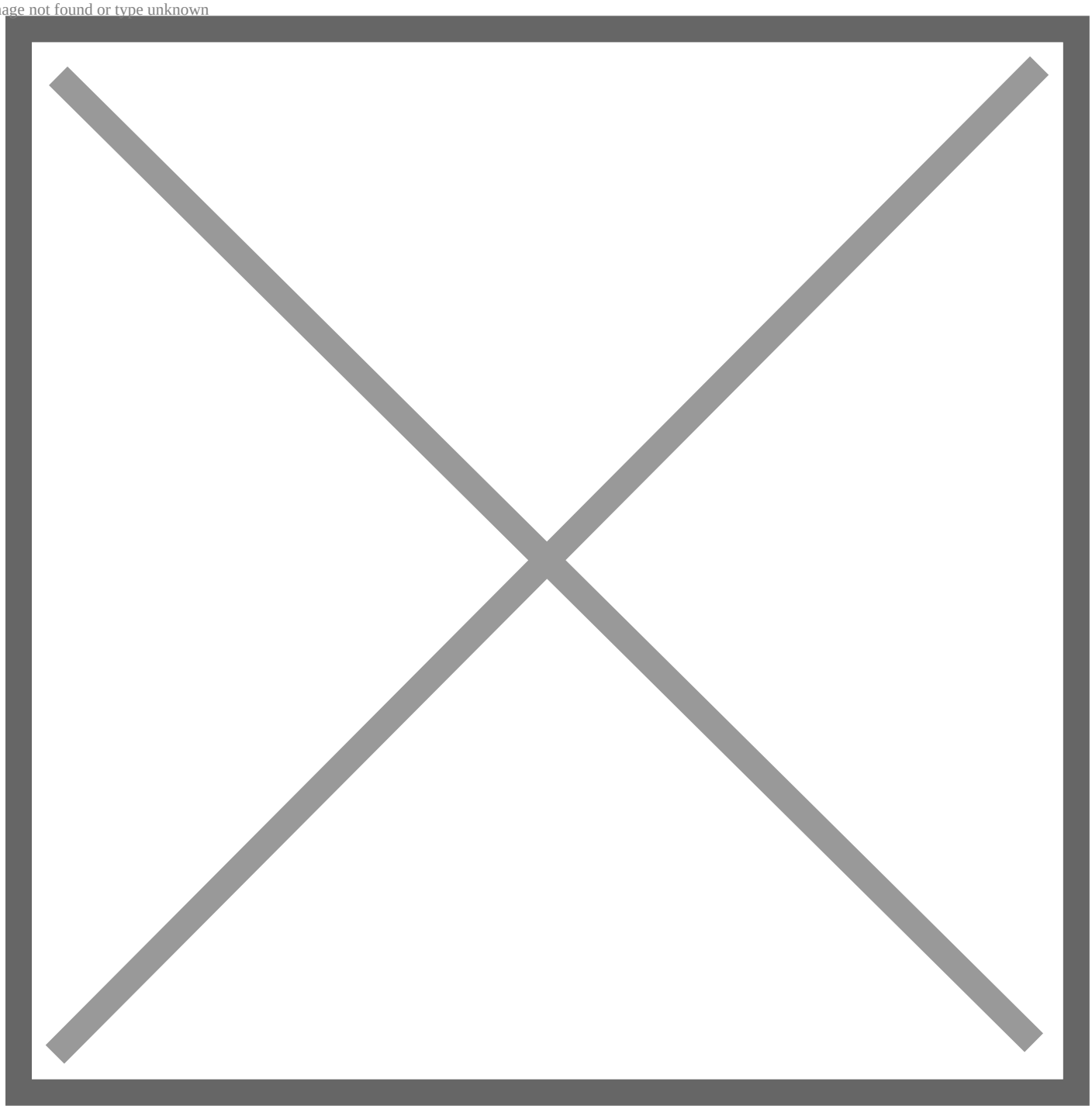
Image not found or type unknown



La entrevista / Roman Marabian

Un médico en guerra: la luz de Cristo entre las bombas en Ucrania

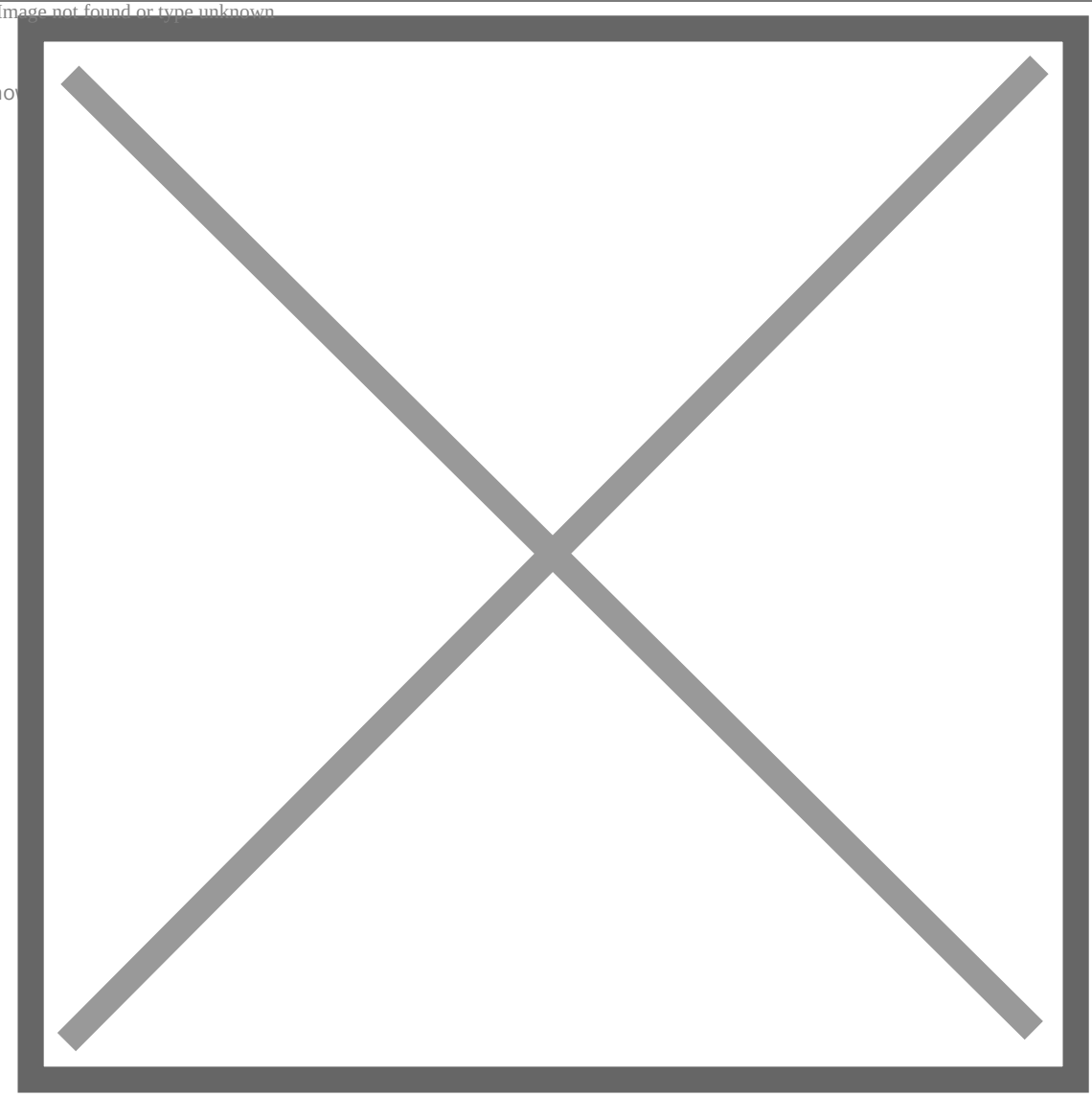
INTERNACIONAL 01_09_2025

img

Image not found or type unknown

Image not found or type unknown

Fabio Piemonte



Edificios destrozados, parques infantiles bombardeados, cuerpos brutalmente mutilados, muertos y heridos entre los escombros abandonados. Es el desolador escenario de la «guerra sin sentido», en palabras de León XIV, que aún continúa entre Rusia y Ucrania. Una guerra de la que todos querrían apartar la mirada para no quedar atrapados en tanto dolor. Porque la guerra que se libra en el campo de batalla no es la de las imágenes de televisión, no se puede reducir a un mapa aséptico con territorios conquistados, arrebatados al enemigo o aún disputados, sino que es el drama real de personas comunes y corrientes. Son rostros y nombres de hombres y mujeres, ancianos, enfermos y niños que gritan el dolor que viven en su propia piel. Son testimonios directos de madres, médicos, soldados, profesores, ancianos, intelectuales, empresarios y sacerdotes los que se pueden escuchar y leer en el Meeting de Rímini a lo largo de los paneles expositivos de la muestra *…Ma sono vivo* (Pero estoy vivo), cuyo catálogo *Custodire l'umano. Voci dall'Ucraina* (Itaca, pp. 254) ha sido realizado con la

colaboración de la Asociación Amici di Emmaus, que desde hace varios años se ocupa de muchos niños ucranianos huérfanos y discapacitados. *En los lugares desiertos construiremos con ladrillos nuevos*, reza el lema de la 46ª edición del Encuentro de Rimini. En este caso, el «ladrillo nuevo» es, por tanto, una mirada que se deja involucrar, que no se queda como espectadora, sino que pone toda su energía en custodiar lo humano en medio de la barbarie y la violencia más cruel, cuidando al hermano en la prueba y en el dolor más atroz.

Al escuchar sus voces, se ve con horror el abismo del mal, pero también la posibilidad de oponerse a él; de seguir viviendo, construyendo, educando y amando, de asumir la responsabilidad del presente para asegurar un futuro a los hijos y al pueblo. «Después de los bombardeos, recibir la mañana, estar vivos, ya es un regalo. Las personas viven la vida como un regalo y se la toman en serio. No se sienten cansados de la vida, no están saciados del bien: entienden que el bien es algo que hay que conquistar con decisión», dice Tetiana Oharkova, profesora universitaria y madre de tres hijos, que en estos años sigue dedicándose junto a su marido a «llevar ayuda humanitaria y organizar recaudaciones de fondos para comprar máquinas y vehículos necesarios para los civiles; entregando libros, enseñando y conociendo a la gente común». De hecho, ella misma afirma que, en tiempos de guerra, «seguir trabajando en una biblioteca infantil en Jersón es un acto heroico».

Quedarse, resistir y seguir actuando, ante todo como operadores de paz. Como el padre Vitalii Novak, sacerdote de la Congregación de la Misión de San Vicente de Paúl, que en julio de 2024 se convirtió en capellán militar de las Fuerzas Armadas de Ucrania y actualmente se encuentra en el frente, quien así relata los inicios de la guerra: «Teníamos tres cosas claras, las cuestiones más importantes: la oración, en primer lugar; luego, quitar los teléfonos móviles, porque tener siempre ciertas noticias ante los ojos era como someter la mente a continuos bombardeos; y, en tercer lugar, comunicarnos». Y continúa: «Hay momentos en los que podemos ayudar en algo, pero hay momentos en los que surge la pregunta: «¿Estás dispuesto a dar lo que más quieres?». El capellán es un soldado sin armas, que siempre está al lado de los chicos. Nunca he rezado tanto como ahora. Cuando parten para una misión me dicen: «Nosotros nos vamos, padre, rece por nosotros, solo creemos en el milagro de la oración». Y cuando regresan de sus puestos, lo primero que dicen es: «Gracias, la oración nos ha salvado». Dondequiera que esté, siempre tengo una iglesia sobre ruedas, como la llaman: «Padre, vamos a la iglesia sobre ruedas».

El padre Novak siempre está dispuesto a apoyarlos espiritualmente, se reúne con ellos individualmente

; visita a las viudas, a las familias que han perdido a sus hombres, los cementerios y honra a los caídos. También celebra el funeral de sus compañeros, que es sin duda el momento más doloroso para los soldados y toda la comunidad. Sin embargo, también da testimonio de «la rapidez con la que la vida se regenera, tan pronto como cesan las hostilidades» y de cómo, en los pueblos liberados, se empieza a reconstruir y se vuelve a cultivar. De hecho, cuenta que «la gente dice: "Solo déjennos volver a nuestro campo. No pedimos nada más: nos alimentábamos a nosotros mismos y también ayudábamos a los demás»».

Por lo tanto, la paz se construye sobre todo cuando cada uno realiza su tarea con amor y de buena manera, como cuenta en exclusiva en su lengua ucraniana a *La Nuova Bussola* Roman Marabian, oficial y jefe del servicio médico en Járkov, que se alistó al comienzo de la invasión rusa y que recientemente ha tenido que abandonar el frente por haber alcanzado la edad límite.

Doctor Roman Marabian, ¿qué ha supuesto para usted ser médico en la guerra?
Durante muchos años fui médico en la unidad de niños con enfermedades graves, por lo que pasar al frente militar no supuso un gran cambio para mí. Sabía muy bien lo que son el sufrimiento y la muerte; para mí no era algo nuevo. En el frente fui médico de primeros auxilios.

¿Puede contarnos alguna intervención especialmente crítica que haya realizado sobre el terreno en condiciones de emergencia?
Mi trabajo diario consistía en transportar de forma segura y sacar del frente a los heridos graves. Formaba parte de la división que debía liberar la ciudad de Kupiansk, en la región de Járkov. Cuando llegamos, mi tarea principal era montar un hospital provisional en la segunda planta de un edificio. Sin embargo, mi intuición me sugirió que sería mejor instalarlo en la primera planta. Al final, seguí esa idea, desobedeciendo en cierto modo lo que nos habían propuesto. Acabábamos de instalar el quirófano y, solo tres horas después, los rusos lanzaron tres misiles C300 que destruyeron por completo la segunda planta: murieron todos los que estaban dentro. Ahora, ese día, el 10 de octubre de 2022, es para nosotros como una fecha de cumpleaños. ¡Ya hemos celebrado el segundo cumpleaños! Humanamente es imposible soportar emocionalmente la cantidad de heridos y muertos que veíamos en el frente, por lo que la única manera era hacer nuestro trabajo de médicos como una *rutina* y con cierta distancia emocional.

¿Dónde reconoció más la luz de Cristo en la oscuridad de la guerra?
Sentía continuamente la presencia de Cristo conmigo. Solo podía confiar la obra que

hacíamos a Jesús. Entiendo que si seguimos vivos es solo gracias a Él, que nos protegía. Yo era el mayor, tanto en edad como en rango, por lo que también tenía la responsabilidad de los otros médicos más jóvenes sobre mis hombros. Ninguno de ellos murió. Es cierto que algunos resultaron heridos, pero todos están vivos, a pesar de que trabajábamos en las zonas más peligrosas y bajo bombardeos constantes. Al ver la cruz de la ambulancia, los rusos nos tomaban como objetivo, por lo que repintamos de verde los vehículos destinados a los primeros auxilios para camuflarlos. Algunas fueron alcanzadas, pero los que estábamos dentro seguimos con vida. ¿Cómo explicar esto si no es por el hecho de que el Señor escucha nuestras oraciones? Otra cosa: incluso cuando nos encontramos operando en lugares abandonados y en condiciones difíciles, respondiendo a nuestras oraciones, el Padre nos enviaba a las personas adecuadas para ayudarnos: quienes ponían a nuestra disposición el coche, quienes nos traían los medicamentos. En definitiva, la ayuda de las personas fue una señal tangible de que Dios sentía nuestra necesidad y nos permitió experimentar los signos de su Amor.